

EL PÍCARO EN EL NUEVO MUNDO: REESCRITURAS DEL MITO ADÁNICO EN LA NOVELA PICARESCA

PEDRO JAVIER PARDO

El descubrimiento de América marcó la reactivación y reinterpretación de una serie de motivos, temas o mitos literarios que utilizaron el nuevo continente como una especie de anclaje en la realidad histórica. Tal es el caso del buen salvaje (que encuentra en los indios americanos fundamento real en que apoyarse), de la utopía, y de la Edad de Oro (que encuentran ambas una localización geográfica y temporal precisas para lo que son lugares y tiempos imprecisos o imposibles). Los tres confluyeron sin duda en una interesante reactivación y variación del mito adánico nacido del Génesis pero desarrollado luego en otros textos literarios, y que describe la existencia edénica de Adán y Eva en el paraíso, la posterior expulsión del mismo, y la ulterior redención gracias a la venida de Cristo¹. La variación a que nos referimos ha sido denominada por algunos estudiosos el mito del Adán americano, y consistió básicamente en proyectar sobre América ese *Edén* que se creía perdido para siempre, haciendo del Nuevo Mundo el paraíso recobrado y el lugar en el que el individuo podía volver a manifestarse como *Adán* antes de la caída, con su inocencia y bondad perdidas. La literatura del descubrimiento y las crónicas de Indias, la literatura utópica, la ficción y la no ficción de los siglos XVI, XVII y XVIII, están sembradas de imágenes, ideas, personajes, en los que reverbera este mito en formación de un nuevo hombre en un nuevo mundo, que luego cristalizará en la literatura norteamericana del siglo XIX. La particular reverberación de la que se ocuparán estas páginas es la que tiene lugar en el lugar más inesperado, la novela picaresca, ya que

¹ Para una interesante descripción de esta serie de motivos, temas o mitos, pueden consultarse las obras de Elizabeth Frenzel *Diccionario de motivos de la literatura universal*, Madrid, Gredos, 1980 (véase «El Salvaje noble», págs. 313-20, y «Arcadia», págs. 22-27), y *Diccionario de argumentos de la literatura universal*, Madrid, Gredos, 1994 (véase «Adán y Eva», págs. 3-6), y de Pierre Brunel, ed., *Dictionnaire des mythes littéraires*, París, Éditions du Rocher, 1988 (véase «Age d'or», págs. 52-56, «Eden», págs. 539-58, y «Utopie et mythe», págs. 1432.41), que ofrecen además abundante información bibliográfica sobre los mismos

ésta es el hábitat de un mito que es claramente antagónico del adánico, el del pícaro. ¿Cómo es posible la presencia simultánea de ambos mitos en la misma obra? Como veremos una vez explicados los rasgos esenciales de uno y otro que definen su antagonismo, y constatada la aparición del mito adánico en el género picaresco hispánico, especialmente en el *Buscón* de Quevedo (1626), es la ironía la que explica esa presencia simultánea. La ironía transforma un mito en el contexto del otro, utiliza un mito irónicamente para afirmar o reforzar el otro, tal y como se observa perfectamente en las novelas de Daniel Defoe *Moll Flanders* (1722) y de Mark Twain *Huckleberry Finn* (1884).

Adán y Pícaro

El mito del Adán americano y el mito del pícaro conforman una clara oposición, pues el primero puede considerarse en gran medida como una antítesis del segundo, su *anti-tipo* o *anti-mito*. Tal antagonismo se refiere no sólo al personaje central que define el mito en ambos casos, sino a la visión del hombre y de la naturaleza humana implícita en ellos. Para clarificar y explicar tal antagonismo puede ser conveniente comenzar describiendo el mito adánico, pese a que ello implique violentar la cronología literaria, ya que no estamos sugiriendo una relación dialéctica histórica (aunque puede que haya algo de ello) sino tipológica.

En el mito del Adán americano podemos distinguir dos aspectos o dimensiones que podríamos denominar social e individual, aunque tal carácter es más una cuestión de énfasis que de presencia o ausencia. En su dimensión SOCIAL o colectiva, que denominaremos también *edénica* por hacer énfasis en el lugar y sus cualidades, el mito adánico se refiere a la visión utópica de América como Edén, el mito de las posibilidades edénicas del continente americano, la esperanza de crear un segundo Paraíso o de recobrar el Paraíso perdido, no en el Otro Mundo o fuera del tiempo y el espacio, sino en la realidad espacial y temporal del Nuevo Mundo. Desde los conquistadores españoles a los posteriores emigrantes europeos América apareció como tierra de oportunidades, el lugar donde los seres humanos, tras siglos de miseria y corrupción, tras las Caídas, podían tener una segunda oportunidad. El sueño edénico, utópico, de una Edad Dorada, es universal y anterior, pero es la proyección de ese sueño en América como la tierra en la que puede cumplirse lo que es nuevo y da lugar al *mito* o *sueño americano*, como ha explicado Fredric Carpenter². Aparece ya en los textos de los peregrinos puritanos y de otros viajeros, y deja sentir su eco en obras de Crèvecoeur, Emerson, Thoreau, o Whitman. Naturalmente este mito edénico tiene implicaciones para el individuo y no sólo de índole espiritual: unido a él va el tema del éxito y del *self-made man*, el hombre que con coraje, esfuerzo y algo de fortuna, pertrechado con todas esas virtudes que recomienda

² Fredric Carpenter, *American Literature and the Dream*, New York, Philosophical Society, 1955. Es útil también por la interesante información que ofrece sobre la percepción histórica y extra-literaria de la concepción de América como nuevo Edén y del americano como nuevo Adán el libro de Henry Nash Smith, *Virgin Land*, Cambridge, Harvard UP, 1950. Algunas aportaciones más recientes al tema son las de Giles Gunn, «The Myth of the American Adam», en *Handbook of American Folklore*, eds. Richard M. Dorson et alii, Bloomington, Indiana UP, 1983, págs. 79-85, y Carla Mulford Micklus «An American Tragedy; or, the Tragedy of the Adamic Myth», *American Literary Realism*, 14, 1981, págs. 9-15.

Benjamin Franklin, es capaz de elevarse sobre una pobreza abyecta (una herencia muchas veces del Viejo Mundo, y en última instancia de la expulsión del Paraíso) a un alto estado social. El tema aparece en las obras de Alger, Howells, London, Dreiser o Fitzgerald.

En su dimensión INDIVIDUAL, que denominaremos *adánica* por hacer énfasis en la figura humana y sus cualidades, el mito se refiere al héroe típicamente americano que emana de la visión de América que acabamos de describir, como explica R.W.B. Lewis:

... the American myth saw life and history as just beginning. It described the world as starting up again under fresh initiative, in a divinely granted second chance for the human race, after the first chance had been so disastrously fumbled in the darkening Old World. It introduced a new kind of hero, the heroic embodiment of a new set of ideal human attributes ... a radically new personality, the hero of the new adventure: an individual emancipated from history, happily bereft of ancestry, untouched and undefiled by the usual inheritances of family and race; an individual standing alone, self-reliant and self-propelling, ready to confront whatever awaited him with the aid of his own unique and inherent resources. It was not surprising, in a Bible-reading generation, that the new hero ... was most easily identified with Adam before the Fall. Adam was the first, the archetypal, man. His moral position was prior to experience, and in his very newness he was fundamentally innocent³.

Lewis subraya en su estudio la importancia de la soledad, de la ausencia de padres, familia, o contexto social, como característica definitoria: «a self-reliant young man who does seem to have sprung from nowhere and whose characteristic pose, to employ Tocqueville's words, was the solitary stance in the presence of Nature and God» (pág. 91). Esta soledad lo sitúa en un espacio fuera del tiempo, o, lo que es lo mismo, fuera del mundo histórico o social, o al menos en sus márgenes. Antes o después, sin embargo, ha de reintegrarse al tiempo, ha de confrontar su inocencia con la experiencia histórica y social, un enfrentamiento cuyas consecuencias devienen progresivamente más trágicas y que de nuevo Lewis describe bien: «The solitary hero and the alien tribe; 'the simple genuine self against the whole world' ... The variable is this: the novelist's sense of the initial tension—whether it is comforting, or whether it is potentially tragic; whether the tribe promises love, or whether it promises love» (pág. 111)⁴. Una de las más tempranas manifestaciones de esta figura es Natty Bumppo, el héroe adánico de James Fenimore Cooper, con su pureza moral y su inocencia social, un hijo de la naturaleza en perpetua huida de la civilización y sus efectos corruptores, el antecedente inmediato de muchos héroes del Western americano, y emparentado también con personajes de Nathaniel Hawthorne, Herman Melville y Henry James. Como se deduce de lo dicho, este mito individual

³ Lewis, R. W. B., *The American Adam*, Chicago, University of Chicago Press, 1955, pág. 5.

⁴ En otro lugar Lewis se refiere de nuevo a esta situación: «The matter of Adam: the ritualistic trials of the young innocent, liberated from family and social history or bereft of them; advancing hopefully into a complex world he knows not of; radically affecting that world and radically affected by it; defeated, perhaps even destroyed—in various versions of the recurring anecdote hanged, beaten, shot, betrayed, abandoned—but leaving his mark upon the world, and a sign in which conquest may later become possible for the survivors» (págs. 127-28).

adánico tiene implicaciones sociales, en este caso opuestas al mito americano que surge de la misma matriz, a saber una sociedad corrompida, que de alguna manera reproduce las mismas —o acaso nuevas— injusticias, la misma violencia y crueldad, que la sociedad del Viejo Mundo, y de la que el héroe huye para preservar o acaso recuperar su inocencia, o a la que sucumbe. Por eso de alguna manera esta figura del Adán americano surge del desengaño, de la desilusión de esa visión utópica de América y del mito de posibilidades edénicas del hombre en el Nuevo Mundo, que es su caldo de cultivo. El Adán americano busca la utopía en las zonas que quedan al margen de la civilización, en la frontera, el Oeste, el mar, o simplemente en el bosque o el río.

El mito del pícaro, una vez explicado el adánico, puede definirse perfectamente por su antagonismo frente a éste, en los dos aspectos indicados. En su dimensión SOCIAL, el mundo que evoca no es evidentemente el paraíso, sino más bien todo lo contrario, un infierno. El mito picaresco no se desarrolla en un Nuevo Mundo de posibilidades edénicas, sino en el Viejo Mundo de una hostilidad permanente contra el pícaro, en el que se sobrevive a duras penas, y al precio de asimilar su corrupción y convertirla en forma de vida. El mito picaresco nos ofrece habitualmente una visión descarnada y degradada de la naturaleza humana y la sociedad, la negación de la utopía. Y en este mundo el pícaro busca el éxito material a través de su actividad truhanesca o delictiva, pero, a diferencia del mito americano, sólo encuentra fracaso y frustración, porque es un mundo regido todavía por la mentalidad aristocrática y su rígida estructura de clases, un mundo de escasa movilidad social en el que cada cual tiene su puesto asignado desde que nace, que evidentemente es el opuesto del que se identifica con América. En vez de sueño americano tenemos la pesadilla del perdedor, al menos en lo que se refiere a la picaresca hispánica (los ejemplos franceses e ingleses más conocidos se caracteriza de hecho por el triunfo final del pícaro), aunque en ocasiones ese fracaso puede estar disfrazado de éxito, bien sea material, como en el *Lazarillo*, bien espiritual, como en el *Guzmán*. Tal éxito, sin embargo, es siempre un éxito a medias, socavado o cuestionado por la ironía, por las dudas que se crean en torno a la socialización o el arrepentimiento, a la regeneración social o espiritual, del pícaro.

En la dimensión INDIVIDUAL, evidentemente el pícaro no es el Adán antes de la caída, sino después de ella, es el hombre no en estado de inocencia pura sino todo lo contrario, marcado por el pecado original simbolizado por los pecados de los padres, por los orígenes bajos e infamantes que anuncian un destino degradado, como muestran claramente el *Guzmán* o el *Buscón*: el pícaro será un delincuente en el peor de los casos y un profesional del engaño en el mejor. El propio Guzmán como narrador explicita en algún momento esta relación con Adán después de la caída, dando una dimensión simbólica y universal a su historia (la humanidad marcada por el pecado original) que ha explicado bien Parker y de la que se hace eco Wicks cuando afirma: «Not only does inherited depravity prefigure the kind of world he will grow up into, it also symbolizes the sinful condition of all fallen humanity ... Guzmán sees in his individual existence a specific recapitulation of the collective misery of the human race»⁵. En el mito del pícaro nos encontramos con el hombre

marcado por un determinismo genético y ambiental, una humanidad caída representada por la depravación heredada y social, frene a ese Adán en un estado de inocencia puro y desligado de orígenes y ambiente. Esta depravación heredada y social junto a una prematura orfandad o abandono del hogar familiar sitúa al pícaro desde el principio en esa posición de soledad radical o *cósmica*, como ha indicado algún crítico, que para Guillén es el rasgo más característico del mito del pícaro, al que se refiere de forma muy significativa como *godless Adam*⁶. Por eso si el pícaro está sólo en el mundo, como el Adán (y ahí se encuentra un punto importante de contacto que explica en gran medida los cruces de ambos mitos de que nos vamos a ocupar), su soledad es radicalmente diferente: la del Adán es voluntaria o buscada, expresión de una inocencia no tocada por los orígenes o el entorno social, mientras que la del pícaro es resultado precisamente de sus orígenes y de un entorno que lo abocan a una posición de marginalidad, no es buscada sino impuesta. El pícaro, a diferencia del Adán, persigue salir de esa marginalidad en una serie de aventuras itinerantes utilizando los medios que aprende del entorno. En un mundo en que la apariencia y la realidad son difíciles de discernir el pícaro se convierte en maestro de apariencias, inventor de falsas identidades, actor, manipulador de la realidad, a fin de intentar integrarse en ese mundo, aunque en el mejor de los casos conseguirá una integración a medias, una posición de semi-marginalidad que Guillén ha definido como la del *half-outsider*: «...the hero chooses to compromise and live on the razor's edge between vagabondage and delinquency. He can, in short, *neither join nor actually reject his fellow men*. He becomes what I would like to call 'half-outsider.' Hence the ambivalence of the final narrative situation, and the wealth of variation that it can inspire» (pág. 80). El pícaro al final de su carrera acepta valores en los que parece no creer del todo e incurre en contradicciones que apuntan a un divorcio entre el ser exterior, social, y el interior.

Dado el antagonismo existente entre los dos mitos, puede parecer sorprendente que convivan en algunos textos. La sorpresa no es tal si tenemos en cuenta, como hemos dicho ya, que esta convivencia se explica porque uno está utilizado para ser ironizado por el otro, uno es afirmado irónicamente —o sea negado— para afirmar al otro. Los métodos de esta ironía, sin embargo, son más ricas o complejas que lo que esta generalización pueda hacer pensar.

La picaresca hispánica: La Vida del Buscón (1626)

Las conexiones entre el mito picaresco y el adánico están ya presentes en la constitución misma del primero, pues en ese proceso de caída y regeneración social o espiritual típico de la picaresca hispánica late la dialéctica de caída y redención propia del mito edénico original, aunque tratada ya de forma irónica. La picaresca representa esa fase central del mito edénico religioso, la del hombre tras la caída frente al mito adánico americano que lo representa antes de la caída. Pero, aunque sólo sea irónicamente o al menos dudosamente, puede detectarse en la picaresca la

⁵ Ulrich Wicks, *Picaresque Narrative, Picaresque Fictions: A Theory and Research Guide*, New York, Greenwood Press, 1989, pág. 187; Alexander Parker, *Literature and the Delinquent: The Picaresque Novel in Spain and Europe 1599-1753*, Edinburgh, Edinburgh UP, 1967, págs. 38-41.

⁶ Claudio Guillén, «Towards a Definition of the Picaresque», en *Literature as System: Essays toward the Theory of Literary History*, Princeton, Princeton UP, 1971, pág. 79.

presencia de las fases previa y posterior, de la existencia edénica y la redención. Así en el *Lazarillo*, la regeneración del protagonista, entendida como éxito material y social, y su nombre mismo, Lázaro, que evoca el motivo religioso de la resurrección, pueden hacer pensar en su historia como la de un hombre caído en la miseria más abyecta pero que al final consigue nacer a una nueva vida gracias a la ayuda de Dios. Naturalmente, el consabido carácter dudoso del éxito de Lázaro ponen este trasfondo adánico en una perspectiva irónica. En el *Guzmán* la regeneración se plantea como reforma espiritual, como salvación en Dios, de forma que este trasfondo es más literal, pero de nuevo el comentado carácter dudoso de su conversión religiosa introduce una perspectiva irónica. La incorporación del mito adánico se ve acentuada además por la evocación de esa fase previa del Edén, aunque de nuevo de forma irónica. Guzmán se referirá en alguna ocasión al hogar de sus padres como paraíso en la tierra en tanto que refugio, a salvo del caos y hostilidad del mundo exterior, describiendo su abandono del hogar como el abandono del Edén y explicitando así su parentesco con Adán y Eva. Si tenemos en cuenta las características degradadas e infamantes de ese hogar la ironía es evidente. De esta forma la primera y tercera fases del mito adánico aparecen encuadrando la central del hombre caído que es la propia de la picaresca, pero irónicamente, con lo que se refuerza la visión básica de la picaresca y se sugiere la imposibilidad de Edén y de salvación. Como ha escrito Wicks, «it might be said in literary terminology that the picaresque's essential condition is to be suspended between two romances: an edenic world of pure harmony and a wished-for paradise regained» (pág. 192).

Pero el auténtico punto partida de nuestro análisis ha de ser sin duda el *Buscón*, pues en ella el patrón adánico ya no aparece en la variante secularizada y laica del *Lazarillo* o en la literal y religiosa del *Guzmán*, sino en la variante americana, es decir, la regeneración como viaje a América. En este sentido es significativo que el *Guzmán* sea una de las novelas picarescas más de su género y que en ella muchos rasgos del mismo sean llevados al extremo: el determinismo a ultranza, los orígenes e infancia exageradamente infamantes, el mundo degradado hasta la caricatura, los exacerbados sueños de ascenso social del protagonista, obsesionado por convertirse en caballero, su delincuencia muchas veces gratuita, y su frustración y fracaso totales. En este contexto de un personaje y una humanidad especialmente caídos y anti-edénicos, es interesante la evocación del mito americano, del mito adánico en su primer aspecto. América como Edén, como tierra de oportunidades donde cambiar de vida y de fortuna, a la que el protagonista se marcha con esta esperanza, aparece fugazmente al final de la novela (como aparece en otros textos picarescos y del Siglo de Oro español):

La justicia no se descuidaba de buscarnos. Rondábamos la puerta, pero, con todo, de media noche abajo, rondábamos disfrazados. Yo, que vi que duraba mucho este negocio, y más la fortuna en perseguirme, no de escarmentado, que no soy tan cuerdo, sino de cansado, como obstinado pecador, determiné, consultándolo primero con la Grajal, de pasarme a Indias con ella a ver si, mudando de mundo y tierra, mejoraría mi suerte. Y fueme peor, como V. Md. verá en la segunda parte, pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbres⁷.

⁷ Francisco de Quevedo, *La Vida del Buscón*, ed. Fernando Cabo Aseguinolaza, Barcelona, Crítica, 1993, pág. 226.

El viaje a América como lugar de salvación puede entenderse tanto como recuperación del Edén perdido (primera fase del mito edénico religioso), o como redención de la naturaleza caída del hombre (tercera fase), pues en el mito americano se funden ambas fases en un espacio que parece estar situado al margen del tiempo y de esa marcha dialéctica del mito edénico original. Naturalmente, el mito aparece en el *Buscón* para ser descartado, pues es incompatible —de hecho es lo opuesto— con la visión de la naturaleza humana de la picaresca, y especialmente de Quevedo, fijada en la segunda fase del pecado y la expulsión del paraíso. La naturaleza humana no cambia, ni siquiera en el Edén; el hombre caído, en pecado original, seguirá siéndolo en América. El mito del Adán es así evocado para reforzar el del pícaro y ser negado por éste. Esta utilización marca la tónica a seguir por las otras obras, especialmente *Moll Flanders*, aunque en este caso va envuelta en cierta ambigüedad, que en gran medida procede de no estar claro si América es el lugar en que se produce la regeneración de una naturaleza humana corrompida, la redención del pecado original, o el Edén que permite que la naturaleza humana se manifieste en su pureza o inocencia originales, sin las constricciones o la corrupción que impone el Viejo Mundo.

Daniel Defoe: Moll Flanders (1722)

En *Moll Flanders* Defoe parece proponer la visión contraria a la de Quevedo. La obra ofrece el itinerario picaresco de la protagonista homónima, pero coronado por una conversión espiritual (al modo del *Guzmán*) que culmina en América y se ve acompañada además por el éxito material (al modo del *Lazarillo*). La obra parece dar así el paso siguiente: el pícaro se convierte en Adán, la metamorfosis o el cambio de naturaleza imposible en Quevedo parece posible. Con ello parece producirse una inversión del mito picaresco para convertirlo en adánico que podría ser una valeda respuesta a Quevedo y a la picaresca hispánica en general.

Las características picarescas de la trayectoria de Moll Flanders son evidentes, y quedan perfectamente resumidas en el largo subtítulo de la obra⁸. Moll nace en la cárcel de Newgate e inmediatamente después queda huérfana al ser deportada su madre a América. Su temprana orfandad la coloca en la situación de soledad radical propia del pícaro, y en tal situación perderá pronto la inocencia en ese rito iniciático típico de la picaresca (aquí un desengaño amoroso) en el que el pícaro aprende las maneras de un mundo corrompido en que las apariencias lo son todo. Moll se convertirá efectivamente en maestra de apariencias, engaños y cambios de

⁸ El mejor tratamiento del tema se encuentra en la introducción de Francisco Javier Sánchez Díez a su edición en español de *Moll Flanders*, Madrid, Castalia, 1999, que resume algunas de las ideas que se desarrollan por extenso en su excelentes tesis doctoral no publicada «La picaresca femenina española y su continuidad en *Moll Flanders*: Genología, genética literaria y *rise of the novel*», Universidad de Salamanca, 1987. Otras obras que se ocupan del tema son las de Robert Alter, *Rogue's Progress: Studies in the Picaresque Novel*, Cambridge, Harvard UP, 1964; Richard Bjorson, *The Picaresque Hero in European Fiction*, Madison, U of Wisconsin P, 1977; y William Riggan, «The Reformed Picaresque and His Narrative: A Study of the Autobiographical Accounts of Lucius Apuleius, Simplicius Simplicissimus, Lazarillo de Tormes, Guzmán de Alfarache, and Moll Flanders», *Orbis Litterarum*, 30, 1975, págs. 165-186.

identidad como medio de subsistencia, primero en sus continuos matrimonios (Moll cambia de marido como los pícaros cambian de amo), y luego, cuando por su edad ya no le es fácil encontrar marido, como ladrona (usando todo tipo de argucias y disfraces). Sin embargo, en ese itinerario picaresco, Moll da muestras de una seriedad y laboriosidad, de un carácter concienzudo y ambicioso, y de una iniciativa y aptitud mercantil, que ha llevado a compararla con un empresario y que ha hecho que muchos críticos vean en ella un emblema del capitalismo emergente (lo que sería uno de los puntos esenciales en la transformación del mito picaresco por parte de Defoe). La obra parece así sugerir la proximidad entre la esfera criminal y la mercantil, ya en el propio uso que del lenguaje hace Moll o en planteamientos como los de su fiel colaboradora, que podrían hacerse extensibles a toda la obra: «...she observed that a Thief being a Creature that Watches the Advantages of other Peoples mistakes, 'tis impossible but that to one that is vigilant and industrious many Opportunities must happen, and therefore she thought that one so exquisitely keen in the Trade as I was, would scarce fail of something extraordinary where ever I went»⁹. Si ello es así y los críticos tienen razón, entonces Defoe estaría sugiriendo que no hay tanta diferencia entre el pícaro y el comerciante, entre el crimen y el negocio, bien de forma consciente bien inconscientemente—éste es otro debate: ¿se trata de una ironía intencionada o simplemente de una reproducción no intencionada de las contradicciones o debilidades del individualismo económico emergente?

Pero lo que es significativo o al menos lo que nos interesa aquí es que en este contexto del pícaro proto-capitalista aparece el mito del Adán como sueño americano. Primero en el ejemplo y en la boca de la madre de Moll, a la que esta reencuentra convertida en rica hacendada en Virginia, donde le explica como muchos de los grandes hombres americanos fueron criados y criminales en Europa (págs. 69-71). Luego como un plan, una proposición que Moll plantea a uno de sus maridos (sin duda recordando las palabras y el ejemplo de su madre) de ir a Virginia para iniciar una nueva vida y prosperar allí con esfuerzo y trabajo cultivando la tierra (pág. 123). Y finalmente cuando logra convencer a ese mismo marido de que acepte la deportación a América con una clarísima evocación del mito americano. Moll le dice que en América puede comenzar

... the World upon a new Foundation, and that such a one as he cou'd not fail of Success in, but with the common Application usual in such Cases; ...but that I thought that our Misfortunes had been such, as were sufficient to Reconcile us both to quitting this part of the World, and living where no Body would upbraid us with what was past, and we be in any dread of Prison ... and that we should live as new People in a new World, nobody having any thing to say to us, or we to them (págs. 237-38).

Y, puesto en práctica el plan, la idea se hará realidad, y Moll y su marido acabarán volviendo a Inglaterra para disfrutar de las rentas de sus plantaciones americanas y de la prosperidad económica conseguida en América. Estamos ante la otra novedad del texto de Defoe: el pícaro que triunfa y que vence la alienación, que

⁹ Daniel Defoe, *Moll Flanders*, ed. Edward Kelly, New York, Norton, 1973, págs. 209-210.

acaba integrado en el sistema, gracias en gran parte a su integración en el mito del sueño americano, sugerida para ser negada por Quevedo¹⁰. Este éxito económico naturalmente va unido a o es incluso identificado con la regeneración moral que se inicia con su arrepentimiento de sus delitos y vida pasada en Newgate, tras ser condenada a muerte y justo antes de ser deportada. Moll ve la mano de la Providencia tanto en su regeneración espiritual como en su éxito económico, lo que ha hecho que algunos vean en ella una expresión de la ideología puritana. Tal ideología se caracteriza por una visión de mundo en que el éxito es indicio de la gracia de Dios así como por un individualismo religioso cuyas similitudes y conexiones con el económico mostró hace tiempo Max Weber en su conocido *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*. En cualquier caso, en *Moll Flanders* lo económico y lo moral van unidos, y ello está en la base de la explicación de su vida y de su propia narración, justificada por un propósito moral que de otro modo sería difícil de defender: una existencia de crimen y delincuencia coronada por el éxito pero que va precedido por el arrepentimiento y la conversión. Sin embargo la realidad que nos permite ver el texto, pese a las afirmaciones de la propia Moll, es que no se regenera ni arrepiente realmente, y que en su éxito poco tiene que ver la Providencia y mucho Moll.

La conversión de Moll es efectivamente dudosa, como ocurre con la de Guzmán. A ello contribuyen ya ciertas afirmaciones del supuesto editor de la obra en las que no tenemos espacio para detenernos, pero que apuntan ya a esa dualidad o discrepancia entre el supuesto propósito moral de la historia que nace de su regeneración y de haber dejado de ser pícaro, y la fruición y deleite con que narra sus hazañas, que sugieren que en el fondo sigue siéndolo o al menos teniendo mentalidad de pícaro. Ello se ve confirmado por su comportamiento tras la supuesta regeneración, que sigue estando basado en la manipulación y el engaño, que sigue a la gente (su marido y su hijo) para conseguir sus fines económicos; y sobre todo por el hecho de que la base de su éxito está en el dinero que ganó como delincuente, lo que cuestiona su supuesto horror y arrepentimiento de su vida pasada. Las dudas en torno al mismo son acentuadas por el hecho de que tal arrepentimiento va primero unido a la pena de muerte que pesa sobre ella (lo que hace que el propio capellán de la cárcel que es su instrumento tenga dudas respecto a su duración una vez que la pena es conmutada); y luego a la afluencia económica, como subrayan las últimas líneas de la novela, cuando Moll y su marido vuelven a Inglaterra, «...where we resolve to spend the Remainder of our Years in sincere Penitence, for the wicked Lives we have lived» (pág. 268). En resumen, es el dinero el que parece ser la condición para la regeneración espiritual, y no a la inversa. Es Moll y esas cualidades que le permiten obtener ciertos beneficios como criminal y luego saber utilizarlos en América, y no la Providencia, lo que explica su éxito.

Moll no es una mujer nueva en el Nuevo Mundo, es la misma, y la mejor prueba

¹⁰ Sin embargo este éxito e integración son cuestionados por el hecho de que Moll no puede revelar en Inglaterra su auténtica identidad, pues tiene todavía delitos y cuentas pendientes, con lo cual debe seguir llevando una máscara y por tanto no puede ser del todo la *gentlewoman* que siempre ha querido ser, como explica Francisco Javier Sánchez en los estudios citados. Su éxito es por tanto un éxito a medias o, como dice éste, *a la lazarilla*.

es que sigue engañando, incluyendo al lector al pretender hacerle creer que lo es. Su naturaleza no ha cambiado; lo que ocurre simplemente es que la misma persona con similares estrategias —y con un capital adquirido con las éstas de forma delictiva— en América puede medrar porque ofrece mejores oportunidades económicas. Se produce así una reducción económica del mito, que queda desposeído de sus connotaciones espirituales, con lo que ello implica de ironía hacia un Edén convertido básicamente en mercado: tener dinero, como Moll insiste una y otra vez antes de ir a América, es la condición previa, no importa. América es el Paraíso para delinquentes que pueden invertir los beneficios de su delincuencia sin temor al peso de ley. La obra incorpora así el mito adánico americano para distanciarse de él: éste es afirmado irónicamente, y no hace en el fondo sino reforzar el carácter picaresco del mundo, incluso del Nuevo Mundo, o de una nueva forma de organización social que está sustituyendo al régimen aristocrático y que permite que el pícaro ahora triunfe. El pícaro es el mismo, pero sus dotes discurren por otros cauces y ahora consigue integrarse, y lo hace en América, el Paraíso no de un nuevo Adán, sino del pícaro con mentalidad de capitalista, o del capitalista con mentalidad de pícaro, del oportunista en suma. En una lectura positiva, podríamos pensar que, en la medida en que Moll es una víctima de la sociedad del Viejo Mundo, el Nuevo le permite empezar de nuevo, y América sí tiene una dimensión edénica, aunque reducida a su aspecto meramente mercantil. Pero la interpretación alternativa, asentada en la dudosa regeneración moral de Moll y en la tradición picaresca que hace del pícaro no una víctima sino un emblema de la naturaleza caída de la humanidad, nos da una visión crítica de América y escéptica respecto a su capacidad de redimir al ser humano: no se cambia de naturaleza con cambiar de sitio, aunque se pueda cambiar de vida. La posibilidad de adoptar una u otra posición envuelve la obra y su tratamiento del mito adánico en una cierta ambigüedad.

Mark Twain: *Huckleberry Finn* (1884)

La novela de Mark Twain tiene lugar íntegramente en América, y en este sentido su aportación a nuestro tema bien podría cifrarse en el planteamiento de la cuestión de qué pasa con el hombre que no va al Nuevo Mundo, sino que nace ya en él; o, en otras palabras, de qué pasa con la utopía y el sueño cuando ya se han hecho realidad, cuando han germinado en una nueva sociedad o nación, lo que nos lleva al segundo aspecto del mito adánico. Lo que pasa, como vimos al tratar de esta segunda dimensión, es que el Adán ha de escaparse de la sociedad para poder serlo, la marginalidad no es ahora una imposición social sino una opción personal, no es ahora la condición para la delincuencia sino para la preservación de la inocencia. Pero la marginalidad, como ya vimos, une a este Adán y al pícaro, por lo que no es de extrañar que Twain, en vez de convertir al pícaro en Adán, como hacía Defoe, aunque de forma irónica, convierta al Adán en pícaro, aunque de nuevo de forma irónica.

El carácter picaresco de Huck Finn, el protagonista de la novela, es evidente¹¹. Si no podemos considerarlo un pícaro integral (porque su aspecto adánico le impide serlo de forma completa, como a Moll su mentalidad mercantil y su éxito), sí que

¹¹ De él se han ocupado de forma interesante Alexander Blackburn, *The Myth of the Pícaro: Continuity and Transformation of the Picaresque Novel, 1554-1954*, Chapel Hill, U of North Carolina P, 1979;

recoge características tradicionales del pícaro. Su padre es un personaje marginal y un tanto truculento, un borracho que lo maltrata y no siente ningún tipo de interés o afecto paternal por Huck, quien, al no tener madre, es a efectos prácticos un huérfano, sin familia ni raíces. Su soledad, en este caso, se ve acentuada por su rechazo del intento de socialización—o, como dice Huck, de «civilizarlo»—por la parte de la Viuda Douglas. Tras simular su propia muerte en un alarde de inteligencia práctica para que lo dejen en paz, Huck comienza sus andanzas y se encuentra con un esclavo huido, y por tanto fuera de la ley, Jim, con quien inicia un viaje en balsa por el Mississippi, lo que lo pone también fuera de la ley, como explica Williams: «Social outcasts before they even started, Huck and Jim became outlaws the moment they jumped on the raft and pushed off into the river's current» (71). En este viaje con Jim Huck será protagonista de una serie de aventuras como marginal, en las que para subsistir o sobrevivir aparece perpetrando pequeños robos, utilizando su ingenio, y recurriendo a todo tipo de trucos, engañando y mintiendo, asumiendo falsas identidades con cada historia que se inventa sobre sí mismo e incluso disfrazándose. Huck tiene la capacidad de interpretar diferentes papeles y el dominio de las apariencias típico de los pícaros, y además se mezcla con personajes del hampa, de ese mundo marginal e incluso criminal al que parece pertenecer, primero los bandidos, y luego los dos auténticos pícaros del libro, el Duque y el Rey, dos timadores profesionales, en cuyas fechorías Huck colaborará.

Pero, como hemos dicho, junto a estas características picarescas, está la dimensión adánica, básicamente la inocencia: Huck Finn no es un personaje corrompido sino todo lo contrario, como muestra a las claras su actitud hacia Jim y, por extensión, al esclavismo, su capacidad para considerarlo un ser humano, a diferencia de la sociedad en que vive. Pero los ejemplos de su sentido moral innato son abundantes, y van desde intentar salvar de morir ahogados a unos bandidos que lo matarían si lo descubrieran, hasta avisar a la dulce Mary Jane de la impostura de la que es víctima por parte de sus amigos timadores. Huck se va definiendo como un personaje superior moralmente a casi todos los que lo rodean en detalles como su repugnancia ante la matanza absurda en nombre del honor de los Grangefords, el asesinato de un hombre en una especie de duelo que no es tal, o la desmedida crueldad de la sociedad con los propios Duke y King. La inocencia de Huck brilla en ese contexto de violencia civilizada (que empieza en la propia esclavitud de Jim), peor que la de los criminales; y lo hace sobre todo por contraste con éstos, que de alguna forma, y pese a su marginación, aparecen como la expresión más clara de la degradación moral de esa sociedad. La orilla del río en *Huckleberry Finn* representa claramente la corrupción de esa sociedad que aspiraba a ser utópica, lo que ha quedado de la utopía. La única posibilidad de mantener esa pureza o inocencia utópica que conforma el mito adánico está en el individuo, desmarcándose de esa sociedad, y yéndose a sus márgenes, al bosque primero, en el río luego, finalmente partiendo hacia el territorio indio, o sea en la automarginación, la alienación y la soledad voluntarias. Por eso la

Charles R. Metzger, «*The Adventures of Huckleberry Finn* as Picaresque», *The Midwest Quarterly*, 1964, págs. 249-56; Lyall Powers, «Mark Twain and the Future of Picaresque», en *Mark Twain: A Sumptuous Variety*, ed. Robert Giddings, Totowa, NJ, Barnes & Noble, 1985, págs. 155-175; y Daniel Williams, «The Heart's Authority: *Huckleberry Finn* and the Rogue Narrative Tradition», en *Samuel L. Clemens: A Mysterious Stranger*, eds. Hans Borchers y Daniel E. Williams, Frankfurt, Peter Lang, 1986, págs. 71-92.

marginalidad de Huck no es la expresión de su corrupción o su naturaleza caída, como en el pícaro, sino todo lo contrario, de su inocencia y pureza que lo lleva, no a querer integrarse en una sociedad injusta, opresiva, sucia, como hacía el pícaro, sino a buscar espacios de libertad al margen de ella.

El momento decisivo en esta disyuntiva entre orilla y río es la justamente famosa crisis de conciencia de Huck. Jim ha sido entregado por el Duque y el Rey para obtener así la recompensa. Huck se plantea escribir a la dueña de Jim, Miss Watson, para decirle que venga a buscarlo. Pero eso crea un conflicto en su conciencia, porque entonces Jim lo pasará mal, y todos sabrán que le ayudó, y eso le avergüenza porque cree que al hacerlo ha obrado de forma malvada. Como hacía Moll, Huck ve la mano de la Providencia haciéndole ver su maldad, que el justifica en términos picarescos con una especie de determinismo ambiental, su educación en el mal («I was brung up wicked, and so I warn't much to blame»¹²), y llamándolo al buen camino. Pero sus esfuerzos serán inútiles, porque, tras escribir la carta y sentirse aliviado porque ya no irá al infierno, empieza a pensar en Jim, y finalmente decide romperla:

«All right, then, I'll go to hell» —and tore it up.

It was awful thoughts, and awful words, but they was said. And I let them stay said; and never thought no more about reforming. I shoved the whole thing out of my head; and said I would take up wickedness again, which was in my line, being brung up to it, and the other warn't. And for a starter, I would go to work and steal Jim out of slavery again; and if I could think up anything worse, I would do that, too; because as long as I was in, and in for good, I might as well go the whole hog. (169).

Al contrario que Moll, Huck se niega a reformarse, a oír lo que cree él que es la llamada de la Providencia, y afirma su voluntad de permanecer malo, pícaro. Naturalmente la ironía reside en que el ejemplo que ofrece de suprema maldad, salvar a Jim, lo es de suprema bondad, y lo define como héroe adánico, inocente y solitario, no como pícaro. El conflicto entre su conciencia y su maldad no es sino el conflicto entre la una sociedad corrupta que ha moldeado o más bien deformado esa conciencia, que aparece como el bien, y su bondad natural que esa sociedad convierte en maldad. La ironía es evidente: cuando decide ir al infierno y ser malo en realidad lo que está decidiendo es ser puro dejándose guiar no por la conciencia social sino por su inocencia individual, no ir al infierno sino buscar el paraíso. Su potencial adánico emerge así frente a su dimensión picaresca, representada por los auténticos pícaros, el Duque y el Rey, tal como ha explicado Blackburn, pero el precio que tiene que pagar es considerarse él mismo y ser considerado socialmente como perverso, nocivo, como Adán después de la caída —o sea pícaro— y no antes. Paradójicamente, es la sociedad la que ha sido pervertida, está caída y es dañina, con lo que Twain está confirmando el carácter picaresco del Nuevo Mundo, el nuevo orden social, que apuntaba ya Defoe. La conciencia social y su reflejo en su conciencia individual lo convierten en pícaro, pero irónicamente, pues prescindir de esa conciencia no es el proceso de corrupción que cuenta el mito picaresco, sino el de liberación

¹² Mark Twain, *Huckleberry Finn*, Nueva York, Norton, 1977, pág. 168.

de esa corrupción que recoge el mito adánico en su dimensión individual, aunque percibimos que, en el caso de Huck, es una liberación transitoria. Tendrá que seguir escapando de esa sociedad yéndose al territorio indio, como dice al final, antes de que lo *civilicen*.

Huck no es Adán irónicamente, como Moll, sino que, al contrario, es pícaro irónicamente. Es el mito picaresco el que se subordina ahora al adánico. La ironía se dirige hacia el mito del pícaro, que es afirmado irónicamente para reforzar el carácter adánico de Huck. Huck no es un pícaro integral porque es un Adán, pero en el mundo en que vive para ser lo último hay que ser o parecer lo primero, hay que verse y ser visto como pícaro. Moll se percibe a sí misma adánicamente, pero en realidad no deja nunca de ser pícara. Huck se percibe a sí mismo como pícaro, pero en realidad es un Adán.

* * *

En nuestro breve recorrido hemos pasado del pícaro que quiere convertirse en Adán pero nunca lo conseguirá, en Quevedo, al pícaro que se convierte en Adán, aunque irónicamente, en Defoe, y al Adán que se convierte en pícaro, de nuevo irónicamente, en Twain. El paso de Defoe a Twain es de un pícaro que es irónicamente Adán a un Adán que es irónicamente pícaro. En el primer caso el mito del Adán refuerza la visión picaresca, en el segundo el del pícaro refuerza la visión adánica. El viaje al Nuevo Mundo hace que el pícaro del Viejo Mundo se convierta aparente y falsamente en Adán; el Adán en el Nuevo Mundo se convierte aparente y falsamente en pícaro. Twain destruye el mito edénico de América, la dimensión edénica de la nueva sociedad, el primer aspecto del mito—que Defoe afirma, aunque de forma tan reduccionista que puede interpretarse como negación—para construir el segundo aspecto, la dimensión adánica del individuo, del héroe americano, ausente en Defoe.